

Popular Film



SUMARIO:

De la España cinematográfica. — De cómo Elisa Ruiz volvió a nacer (Editorial), por *Luis Gómez Mesa*. — Bases del Concurso fotogénico de POPULAR FILM. — CRÓNICA DE MADRID: Revoltillo informativo, por *Sábatodo*. — EL RETABLO DE MAESE PEDRO: Los nuevos valores dramáticos: Manuel Fontdevilla, por *Mateo Santos*. — «Disco nos refiere su vida» y «Acusado de feris», por *Benjamín Bentura*. — PÁGINA MUSICAL: Pecadora, letra de *A. Jofre* y *E. Mato*, música de *Solá-Igtemón*. — FRENTE A LA PANTALLA: Gráficos de «La Bohème» y de «Tres hombres malos». — LA MODA EN EL CINE: El supremo arte de la mujer es saber vestirse, por *Miss Gladys*. — MUSEO FOTOGRAFICO: Retrato de *Laura La Plante*. — PELE-MELE: Estrenos. — ARGUMENTO DE LA SEMANA: «La vida para el amor», por *Leatrice Joy* y *Edmund Burns*.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Villarreal, 186-París, 134-B. Biblioteca Nacional de España

Precio: 20 céntos.

Los grandes concursos de POPULAR FILM

¿TENGO CONDICIONES PARA SER ARTISTA DE CINE?

Queriendo contribuir POPULAR FILM de un modo práctico al desarrollo artístico de la cinematografía española y sabiendo que entre sus numerosos lectores y lectoras hay muchos que se han preguntado más de una vez si reúnen condiciones para dedicarse al séptimo arte, abre un concurso fotogénico, en colaboración con la casa editora de películas, HÉRCULES FILM, de Madrid, bajo las siguientes

B A S E S

PRIMERA. — Todas las personas residentes en España, cualquiera que sea su estado y nacionalidad, pueden tomar parte en este concurso.

SEGUNDA. — Los que deseen concurrir a este concurso, deberán enviar a la Redacción de POPULAR FILM, por correo, y bajo sobre cerrado, diez boletines de los que se publican en todos los números de la revista con el título «¿Tengo condiciones para ser artista de cine?», escribiendo en uno de ellos el nombre y dirección de la persona que los envía y acompañados de un retrato en busto y otro de cuerpo entero del concursante, en cuyo respaldo especificará éste su edad, estatura, peso, color de sus ojos y cabellos, deportes que cultiva, conocimientos intelectuales que posee y detalle de las labores artísticas a que se haya dedicado.

TERCERA. — Al mismo tiempo, y para no retrasar el resultado de este concurso, publicaremos otro boletín de votación para que, una vez terminado el concurso, los lectores de POPULAR FILM llenen dos de estos boletines en el que escribirán los nombres del concursante y de la concursante a quienes otorgan su voto.

CUARTA. — Las fotografías que nos envíen los concursantes de ambos sexos, se irán publicando, por riguroso turno, en POPULAR FILM.

QUINTA. — Finalizado el concurso, que se cerrará a las doce de la mañana del día 31 de diciembre del año actual, se procederá, ante un notario de Barcelona, al recuento de votos.

SEXTA. — El concursante y la concursante que resulten elegidos, podrán disponer cada uno de ellos de doscientas cincuenta pesetas, que la Administración de POPULAR FILM les adjudica para el viaje a Madrid y residencia de siete días en la capital de España.

SÉPTIMA. — Nuestro representante literario en Madrid, don Luis Gómez Mesa, presentará a los triunfantes en este concurso, al director de la casa editora de películas «Hércules Film», cuidándose, además, de su instalación en Madrid.

OCTAVA Y ÚLTIMA. — Don Agustín García Carrasco, director de la «Hércules Film», se compromete a contratar, para que formen parte de su compañía, a los que resulten elegidos en este concurso, siempre que reúnan las condiciones artísticas necesarias para triunfar en la pantalla.

Gerente: **Isidro Bultó Casanovas**Administrador y Apoderado: **J. Olivet Vives**Director técnicoartístico: **S. Torres Benet**

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: **Mateo Santos**
Redactor jefe: **Martínez de Ribera**
Director musical: **Maestro G. Faura**

7 DE OCTUBRE DE 1926

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.
Delegado: **Domínguez Romero**
Director: **Luis Gómez Mesa**

DE LA ESPAÑA CINEMATOGRAFICA

**De cómo Elisa Ruiz
volvió a nacer****ELISA RUIZ ROMERO**

bonita y refulgente estrella
de la cinematografía española, intérprete de
"CURRITO DE LA CRUZ"
y de otras producciones nacionales.

—¿Estamos?

—Estamos.

—Pue ea, a su disposición. Usté me dirá.

—Le diré la buenaventura. A ver, deme su mano derecha; pero sin compromiso, que soy refractario al matrimonio. Es un minuto nada más, y sólo para examinar la palma. Así. Tanto gusto. Esta raya significa que es usted muy bonita, cosa que, como salta a la legua no es mérito pregonar, y esta otra, que su gloria aumentará extraordinariamente, y ésta de aquí que su corazón...

—¡ Afuera de ahí, so guasa! ¿Echarme a mí la buenaventura? ¿A mí, que soy der cogoyito de Andalucía? Que no, que no é usté quién para burlarse de mí.

—¿ Burlarme de usted? ¿ De usted?

—Na, tontería, de mí, de esta seviyanita; como que le pilla de nuevas la notisia ar inosente. Amos, no sea usté chiquiyo, y charlemos de cosas serias.

—Cuénteme entonces su segundo nacimiento.

—¿ Mi segundo nacimiento? Se conose que le ha picao a usté hoy el microbio de la chifladura. Pero, ¿é que se nase dos veces?

—Dos y tres y cuatro y más. El soldado que en plena batalla recibe un balazo y salva su vida, el torero que sufre una grave cogida y logra sanar, el viandante que es atropellado por un tranvía y cura de sus heridas... ¿no es como si naciesen de nuevo? Al sentir en sus pobres carnes las terribles caricias de la Parca, creen morir y se preparan para hacerlo dignamente. Se hallan ya a las puertas del reino de las sombras, y de pronto un resquicio de luz les esperanza; el resquicio crece, crece... Y el milagro se realiza: retornan a la vida.

—¡ Caye usté, por Dió! Que todavía recuerdo con espanto las horas de agonía que pasé cuando el asidente automovilista que costó la vida al empresario Arturo Serrano y a los señores Avello y Campos. Escuche usté. Ibamos a Saragosa a impresionar «Gigantes y cabezudos», alegres y dispuestos a lusirnos en la empresa. De repente, la fatalidá se interpone entre nosotros. En un lugá horrible, llamado, llamado... aguarde usté un momentiyó que no me acuerdo. ¡ Ah, ya! Barranco de Santa María de Huerta, y que Santa María de Huerta me perdone lo de horrible, que sí que me perdonará, pue depué de lo sucedió, lo raro sería que me paresiese presioso. Ar llegá, anochesió ya, a ese Barranco, volcamos por una farsa maniobra der condutó. Serrano y el chofe salieron despedidos der coche. Y Avello y yo nos quedamos en é. Yo no me percaté de lo ocurrió hasta que quise moverme y no pude. Miré a mi arrededó. Avello, muerto, arrojaba abundante sangre der pecho, que me caía a mí encima. El motó seguía funcionando. Aunque no entiendo de mecánica, comprendí en seguidita el riesgo que corría. Y el miedo a que estallase el motó, y la proximidad der cadáve de mi compañero, me infundieron alientos para intentá levantarme; pero en vano, apenas si me moví, lo suficiente para empeorar, de postura. El cuerpo me dolía enormemente. La cabeza me abrasaba. Grité hasta enronquecer, sin que nadie me contestara. Temía enloquecer. Llevaba qué sé yo er tiempo de martirio, cuando me sacaron de mí cársé. Me puse malísima, presa de fuerte esitasión nerviosa. Créame usté que jamás orvidaré aquellos angustiosos instantes, que se me antojaron siglos.

—¿Se ha convencido usted de que se nace más de una vez? Aquel día volvió usted a nacer, ¿no es verdad?

—En ese sentido, claro que sí.

—Ya que me da usted la razón, la descubriré un secreto: lo asombrado que tiene usted a la afición. Con un año de edad e interpretando películas de manera admirable. ¡Casi nada! El colmo de la precocidad. Ni Baby Peggy con sus seis años y sus cincuenta creaciones.

—¡Y sigue la broma!

—¿Acaso le molesta?

—¡Quiá! De ningún modo. Traicionaría a mi sangre si me molestara. Continúe, continúe con sus chistesitos patosos.

—No, si se me terminó el repertorio. Reconozco mi falta de ingenio, pero es que prefiero la risa al llanto; opino que debe uno reírse incluso de las propias majaderías. Una carcajada es mejor tónico que una lágrima y aun que un panecillo. ¿Lo duda? Pregúnteselo en ese caso a los que dicen la mar de satisfechos: En mi casa no comemos, ¡pero cuidado que nos reímos! Y es que el buen humor es imprescindible para sobrellevar con paciencia las cargas de este mundo.

—¿Con que filósofo?

—Partidario simplemente de Pero-Grullo, y lector en ocasiones de Voltaire, Nietzsche, Schopenhauer. Y de Santo Tomás también, no piense usted mal.

—¡Y qué me importan a mí sus gustos literarios!

—Ciertamente. Ni a usted ni al público. En cambio, los suyos sí que interesan. ¿Qué libros le agradan a usted más?

—Los bien escritos, los amenos y los de provechosas enseñanzas.

—Perfectamente.

—¿Y de sine, no hablamos?

—¡Cómo que no! Ahora mismo. ¿Dónde empezó usted su carrera de «estrella»?

—En la Atlántida, y con un insignificante papé: de mecanógrafa en «La señorita inútil». Elegida luego para encarnar a Susana en «La verbena de la Paloma», obtuve gran éxito. Más tarde intervine en «Carseleras», «Doloretas», «Venganza isleña», «La chavala» y «Arma de Dió». De la Atlántida me trasladé a diversas manufacturas, y aparecí sucesivamente en: «Rosario, la Cortijera», «Los granujas», «La hija del corregidó», «Currito de la Cruz», «Er cura de ardea» y «Er pilluelo de Madrid», estas dos con Florián Rey.

—«Currito de la Cruz» es su cinta favorita, ¿no?

—Exactamente, por ser la que consolidó mi nombre como peliculara.

—Una pregunta...

—¿La última?

—La última, palabra.

—Pues venga.

—¿Qué concepto le merece a usted la cinematografía española?

—Imposible ser jué y parte en un asunto. No obstante, le complaceré. Mi voto, quisá demasiado apasionao, é este: nuestra sinematografía é simpática y atrayente.

—Como las mujeres de la tierra de María Santísima.

—Cabalito. La ocurrencia é oportuna.

—Oportuna para despedirme de usted, antes de que se me escape alguna gansada. Sería una lástima dejarla a usted con mal sabor de boca. Así es que me marcho.

—Sí é ya la hora, vaya usted con Dió.

—¡Adiós, señorita! Beso a usted los pies.

—¡Adiós!

L. GÓMEZ MESA

Madrid, octubre de 1926.

❖ CRÓNICA DE MADRID ❖

Revoltillo informativo

Comencemos por lo que hacen o piensan hacer nuestros actores y directores.

Elisa Ruiz «La Romerito» y su hermana Aurora interpretarán por cuenta de una entidad levantina una película, todavía sin bautizar, por lo que salieron días pasados para Valencia.

Carmen Viance se presentará en breve en «Rosa de Levante». Y Celia Escudero en «Los hijos del trabajo». Y Marina Torres en «El médico a palos». Y la sin par y simpática Raquel Meller en «Carmen». Y Lidia Gutiérrez en «Malvaloca». Y Anita Giner en «Moros y cristianos», etc.

Don José Buchs espera impaciente el estreno en la Princesa de su obra «Una extraña aventura de Luis Candelas», pero más impaciente está el público por verla.

Agustín Carrasco «rueda» en aguas de Ondárroa y para la Hércules Films «La sirena del Cantábrico», con la Escudero, Carmen Redondo, José Nieto, Javier Rivera, Jesús Baños y Antonio Matá de figuras principales.

Luis R. Alonso prepara la adaptación cinética de «La loca de la casa», de don Benito Pérez Galdós.

Y Federico Dcán Sánchez se propone, a su vez, localizar muy pronto en una vieja ciudad castellana la cineversión de la leyenda de Espronceda «El estudiante de Salamanca».

Cambiamos de disco. Demos ahora otra clase de noticias. La del nombramiento de don Manuel Marín para asistir al Congreso Internacional de Cinematografía de París en representación de la Sección de cine de la Real Sociedad de Fotografía de Madrid, por ejemplo. O la próxima inauguración del Musical Cinema con «Pilar Guerra». O la también cercana apertura del Cine Bilbao, situado en la calle de Fuencarral, esquina a la glorieta de ese nombre. O la construcción, por una empresa yanqui, de quinientos cines — siempre se exagera — repartidos por los populares, populacheros y aristocráticos barrios cortezanos. O el anunciado viaje de María Jacobini a España. Y... Y nada más. Se acabaron las notas culminantes.

Y vamos con lo que se contempla en las albas pantallas.

En la Princesa alcanzó excelente éxito la cinta del Estado Mayor Central «España en Marruecos», que es un detallado y exacto resumen de recientes sucesos desarrollados en el inhospitalario Norte

africano, donde tantas páginas gloriosas escribieron con su sangre y con sus vidas los bravos soldados que se alinean bajo los pliegues sagrados de la bandera roja y gualda, la nuestra, la de nuestra amada patria, de la que es símbolo y compendio de su historia.

Además de «España en Marruecos», que se aplaudió con verdadero entusiasmo, por el blanco lienzo que oculta el escenario de los triunfos de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, desfilaron «El expreso de media noche», fotodrama de fuerte contextura, y «Cercados por las llamas», paisana de la anterior y de índole idéntica.

«El vencedor del gran premio», historia amorosa-deportiva; «Los ángeles del hogar», sentimental; «El lobo solitario», por Jack Holt, y «El risueño del pueblo», muy entretenida, fueron admiradas en Príncipe Alfonso y Real Cinema.

Y «Al extremo de Broadway», «El despertar de una ciudad», «Cleo, la francesa» y «La tentación del lujo», en Argüelles.

Royalty obsequió a sus incondicionales con «Riqueza contra nobleza», creación de la ingenua Mary Philbin, «Bajo la máscara», por Cayena, y «Cuestión de honor», de Anita Stewart.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Trimestre, 2'50 pesetas / Semestre, 4'75 pesetas / Año, 9'00 pesetas

Extranjero: 15 pesetas año * Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

Popular Film

© Biblioteca Nacional de España

El Ideal, por no desentonar de sus camaradas — exceptuamos a la Princesa y al Madrid, que se hallan en plena temporada oficial —, se dedica igualmente al recostreno, y siente predilección por las películas de Lila Lee, Thomas Meighan, Leatrice Joy, Buster Keaton, Mae Murray, Harold Lloyd, Rin-Tin-Tin, Marie Prevost y otras «estrellas» neoyorquinas y californianas, que es obvio citar.

En el Goya causó sensación — al cabo de los años mil — «El arpón», soberbia producción marina, en la que, mezclada con un relato de buenas y malas acciones, aparece con gran realismo la caza de la ballena.

Pardiñas, cerrada su corta temporada de zarzuela, volvió al arte mudo, con la reposición del poco afortunado «Niño de las monjas».

Y el Monumental, Doré, Espronceda, de la Flor y X, cultivan con mejor o peor suerte — hay días — la cinta en episodios y la «norteamericana» — que la Real Academia de la lengua perdona este atentado contra la pureza del idioma de Cervantes —, a base de puñetazos, bottellazos y espeluznantes luchas cuerpo a cuerpo.

SÁBELO TODO

cido oportuno crear una partitura más simple para que pueda ser ejecutada por las orquestas reducidas, las cuales no tardarán mucho en darla a conocer al mundo entero.

JEAN DESJARDINS

Vuelve Francesca Bertini a la pantalla

La grande artista italiana que en plena gloria se retiró de la pantalla hace cuatro años para efectuar un brillante matrimonio, y que vivía retirada en su castillo de Florencia, acaba de hacerse cargo de un papel interesantísimo que excepcionalmente interpretará en «El fin de Monte-Carlo», cuyo argumento está basado en una novela de Paul Poulgy.

La originalidad del argumento y la del papel que se la propuso, en el que la formidable artista italiana puede desenvolver todas sus aptitudes artísticas, sedujeron a la célebre «vedette», que se había prometido no volver a pisar un estudio cinematográfico.

El papel principal masculino de este film que realiza la «Centrale Cinematographique» y «L'International Standard Film», ha sido confiado a Jean Angelo.

Al lado de estos dos grandes artistas tendremos el placer de aplaudir a R. Guerin, Catalain, Vina, Salvani y algunos otros actores franceses de gran valor.

Bajo la dirección artística de MM. J. Natanson y Palehic, se encargarán de la «mise en scène» MM. Mario Ualpas y Henri Etievant.

Los decorados son de los célebres escenógrafos Gys y Gallet, artistas de renombre universal: Duverger, Lucas y Hennebain serán los operadores de este film, que se anuncia como una de las grandes superproducciones de la temporada próxima.

Este número ha sido visado por la censura

CRÓNICA DE PARÍS

La música española y el film francés

Uno de los más interesantes acontecimientos de la temporada, lo ha constituido el hecho de haber Jacques Feyder confiado a don Ernesto Halffter Eserich, de acuerdo con el director artístico de la «Société Albatros», las ilustraciones musicales del film «Carmen», inspirado en la célebre novela de Próspero Mérimée.

Atrevida es la realización de esta idea, sobre todo cuando al recuerdo de «Carmen» va unido el de la deliciosa partitura de Bizet.

Meilhac y Halévy, al no tomar de Mérimée más que el ambiente propicio para hacer sobre él una falsa construcción teatral, no lograron otra cosa que hacer una falsa españolada en la que no existen ni emoción ni caracteres, ni nada que merezca la pena de poner en ello un interés. De no haberse tropezado estos autores con el genio de Bizet, no hubieran conseguido realizar por su cuenta más que un esperpento que desorientó en su día al gran músico francés, cuya partitura, a pesar de las mil bellezas que encierra, carece del carácter que más que ninguna otra posee la música española.

Feyder, al realizar su film, ha querido darle un carácter netamente español, para lo cual, a más de cuidar todos los detalles, ha hecho sustituir la brillante partitura de Bizet, por una música grave, trágica y llena de melodía, inspirada en viejos temas del folklore español, y particularmente del andaluz.

A principios del mes de julio, Jacques Feyder, que había salido de París una vez verificadas las escenas principales de su film, se encontró con Ernesto Halffter Eserich en un pequeño pueblecillo vascongado de la frontera española, donde se habían citado de antemano para acordar la partitura, casi concluida, con los principales fragmentos de la obra. En esta labor han trabajado intensamente, y bien puede dársele por terminada, pues únicamente está pendiente de los enlaces.

En la confrontación de ambas labores artísticas, inspiradas en las mismas fuen-

tes, se ha visto cómo un sentimiento máximo de homogeneidad ha presidido esta interesante colaboración.

La acción, el decorado, la interpretación y los movimientos de conjunto, llevados rítmicamente, casi metronómicamente, hacen que sea esta producción una de las más interesantes que ha realizado la «Société Albatros», pues Jacques Feyder ha dirigido esta obra sin dejarse influenciar por exotismos anormales, que ni vivían en la creación de Mérimée ni España los había visto vivir al amparo de sus costumbres.

En el film «Carmen» verifica Jacques Feyder una labor artística admirable, en la que triunfan el carácter ferozmente romántico y el apasionamiento brutal que la adaptación escénica de Meilhac y Halévy había alterado por completo.

La original partitura que ha compuesto Eserich, había sido orquestada para grandes conjuntos musicales. Pero para darle más facilidad de expansión, le ha pare-

Almacén de vidrios y cristales planos

Fábrica de espejos - Marcos y molduras

V. García Simón

Via Layetana, núm. 13 - Teléfono 3870 A.

BARCELONA

Popular Film

El retablo de maese Pedro

LOS NUEVOS VALORES DRAMÁTICOS

Manuel Fontdevila

En la hora presente el teatro catalán está por encima del castellano, que mal se aguanta con los autores viejos, viejos por los años que cuentan sus vidas y también por su modalidad dramática.

Pero no se entienda que la época actual es de florecimiento para la escena catalana. En realidad, la decadencia del teatro alcanza a todos los países y a todas las lenguas. De esta miseria artística se salvan únicamente una nación: Rusia; y dos comediógrafos: el irlandés Bernhard Shaw y el italiano Luigi Pirandello. Lo demás se cae de puro viejo o de puro necio.

De apurar el tema, iríamos más lejos de lo que yo me propongo. Voy, pues, a ceñirme al teatro catalán.

No está tan sobrada de valores positivos la literatura dramática catalana para que la aparición de un dramaturgo de la enjundia de Manuel Fontdevila nos deje indiferentes. Por el contrario, hay que señalar esa aparición como un gran acontecimiento. Y en verdad que lo es. Empieza en el teatro no por donde otros acaban — frase hecha del periodismo vulgar, rutinario y anticuado —, sino con pleno conocimiento de lo que el teatro significa como arte.

Su primera obra lo demuestra. No se advierten en su arquitectura literaria esas vacilaciones y titubeos de los que, por ignorancia, comienzan la casa por el tejado.



Anaía Sánchez Ariño, notable primera actriz de la compañía que actúa en el Tivoli



Alberto Romea, el gran comediante que dirige la compañía Sánchez Ariño

Hay personas que reconocen sin esfuerzo que no tienen condiciones para ejercer la medicina, y no estudian esa

carrera; pero no existe una sola que, careciendo de preparación intelectual y de temperamento, no se crea capaz de escribir un drama o una novela. De ahí que empiecen la casa por el tejado.

En Fontdevila se da el caso contrario. Tiene fibra, temperamento de dramaturgo, y después de haber estudiado a conciencia la literatura dramática, ha escrito un drama. Y, naturalmente, ese drama es bueno, excelentísimo.

«La dona verge» está bien construída. Acción intensa; diálogo sobrio, fluido, en el que asoma la faz, entre burlona y amarga, del humorismo; tipos resueltos con un solo brochazo, pero éste seguro y maestro.

Manuel Fontdevila, al realizar su obra, acertó a mezclar en ella la pincelada dramática con el rasgo humorístico; la realidad de la vida de cada hombre, escueta y violenta, con la realidad artística, de matiz más suave y rosado.

El teatro catalán se ensancha. A los nombres de Guimerá, Rusiñol, Iglesias, Puig y Ferrater y Amichatis, hay que añadir, con todos los honores, este otro: Manuel Fontdevila.



Isabel Barrón, la excelente y bonita dama joven de la compañía del Tivoli



Manuel Fontdevila, que se ha revelado como un formidable dramaturgo en «La dona verge»

MATEO SANTOS

Popularfilm

S a l o n c í l l o

Hemos convenido:

—Que los autores *consagrados* son incapaces de renovar el teatro español.

—Que los autores jóvenes son peores que los *consagrados*.

—Y que entre los noveles está el Shakespeare II que ha de regenerar nuestra literatura dramática.

Esto último se ha de demostrar aún; pero tendría gracia que estuviéramos tomando café a diario con Shakespeare II, sin saberlo.

Un amigo nuestro, optimista, nos ha dicho:

—Indudablemente, es una ventaja que algunos escritores, que hasta ahora sólo han cultivado la novela y el periodismo, dediquen su esfuerzo a escribir para el teatro.

—¿Aunque no aporten nada nuevo a él? — le preguntamos.

Y el optimista nos contesta:

—Aunque fracasen. Siempre saldrán ganando algo la novela y el periodismo.



Amparo Bustillo, de la compañía del Tivoli



Laura Alcoriza, de la compañía del Tivoli



Amparo Romo, primera tiple cantante de Eldorado

Que los noveles se propongan asaltar los escenarios, nos parece muy bien. Pero nos parecería rematadamente mal que se limitasen a imitar a los *consagrados*.

Monos de imitación, no. Sería darnos un mico.



Federico Caballé, el popular y excelente barítono que dirige la compañía de Eldorado



Amparo Sans, primera tiple cómica de la compañía de Federico Caballé



Amparo Alarcón, primera tiple cantante de Eldorado

Hay que ir pensando en inventar nuevos adjetivos encomiásticos para cuando se estrenen obras como «La dona verge», de Manolo Fontdevila. Los conocidos, con ser tantos, los han desprestigiado de tal forma los críticos de teatro, aplicándolos a las obras malas de sus buenos amigos, que ya no se pueden usar decentemente.

En el teatro Nuevo van a estrenar los autores nuevos.

Si aciertan como Fontdevila, a la primera obra, habrá que arrinconar a los *consagrados*.

¡Sus y a ellos!



Amparo Wieden, primera actriz de carácter de Eldorado

Popularfilm

EL NÚMERO PRÓXIMO DE **POPULAR FILM**

constará de 36 páginas, de las cuales 16 estarán dedicadas a RODOLFO VALENTINO, publicándose en ellas las escenas más interesantes de sus mejores producciones y un relato completo de su vida, sus éxitos y sus amores. Este Número Extraordinario de

POPULAR FILM llevará una portada en colores tirada por el procedimiento del huecograbado y se venderá en todos los quioscos de España y América al precio de 50 céntimos ejemplar.

No olvidéis que este Número sensacional se pondrá a la venta el día 14 del corriente.

Biscot nos refiere su vida (1)

(Continuación)

Todos los que han admirado a Biscot en «El rey del pedal», saben que este gran cómico francés ha realizado la *Vuelta a Francia* en bicicleta, colocando su nombre entre el de los grandes corredores internacionales, a los que no abandonó en el curso de los seis mil kilómetros que constituyen la carrera.

A propósito de su aprendizaje deportivo, refiérenos Biscot lo siguiente:

—Mi afición a los deportes es antigua. Formé parte en Montrouge del equipo de cross-country en compañía de Bouchard, Ragueneau y Marcel Delabre, y más tarde, en Bobino, gané el segundo premio de un campeonato que consistió en un jarrón de Sevres. Fué lo único que me produjo mi velocípedo, con el que nunca conseguí, en aquella época, obtener ningún rendimiento económico a pesar de que se me ocurrió hacer en un music-hall el *looping the loop* en un círculo más o menos de la muerte.

En Bobino, a más de conquistar el jarrón, debuté como figurante por vez primera con la obrita de Maupré «El perro del comisario ha muerto». A continuación me presentaron a Barok, director del «Bijou Concert», el cual me ofreció diez francos por cantar en su teatro, en el que el día del debut canté a la fuerza tres composiciones líricas. Al día siguiente, el mismo Barok me decía:

—Yo creo que con una habrá bastante...

No había tenido éxito, a pesar de que realicé enormes esfuerzos por hacer sonreír al público del «Bijou Concert».

Poco tiempo después, conocí a Douglard, el cual, para contratarme, me exigió que crease un tipo que, sin ser grotesco, fuese gracioso, y me aconsejó que me afeitase el bigote y aprendiese el canto; muy fácil lo primero, pero difícilísimo lo segundo, por las pocas condiciones de cantante que siempre he tenido. Recomendóme, a pesar de todo, a Moyne, director de «Folies Parisiens» y «Variétés Parisiens», el cual me confió un papel en una obrita titulada «Santa Eugenia», en la cual interpreté el papel de un soldado,

que no abría la boca por nada ni por nadie. ¡Esto me salvó! Pero a pesar de todo, me lanzaron al arroyo, de donde

me sacó Steville, régisseur de «L'Univers» para contratarme en su teatro, por cuatro francos cincuenta por día. Tenía que estudiar una pieza nueva cada semana y dedicar unas horas a mis canciones y otras a mi lección de canto, que no quería abandonar. Fueron tiempos malos, en los cuales fué mi principal alimento el *café-crème*; ¡no daba para más mi escaso sueldo!... Varios meses pasaron, y por fin mi director se compadeció de mí, y me aumentó cincuenta céntimos por día. ¡Ya estaba hecha mi fortuna!

En aquella época hubo un concurso en Francia de patines, en el que tomé parte, logrando hacer un buen papel, lo que me hizo cambiar de rumbo, presentándome al poco tiempo como patinador teatral. Mucho me costó abrirme paso, pero por fin conseguí debutar en un *skating* de Montmartre, donde me fué a buscar el autor Georges Rose para que crease un tipo en una revista que iba a estrenar en «L'European», donde a pesar de que el director quería un hombre obeso para interpretar aquel papel, fuí contratado con once francos diarios el primer mes, y doce francos los meses restantes.

Once meses después logré un contrato para trabajar en Ostende en compañía de algunos artistas franceses. No tuvimos suerte. El empresario, que había perdido su capital en las carreras del «Gran Premio de Ostende», levantó el campo, dejando sin pagar a todos los artistas franceses, los cuales no tuvimos otro remedio que hacer un beneficio en el Gran Hotel para repatriarnos. La ciudad respondió a nuestro llamamiento y llenó la sala de espectáculos. Aquel día trabajamos todos con más corazón y más ganas de agradar que nunca. Yo tuve la suerte de que el empresario de Lieja, que presenciaba la sesión, me contratase para actuar en la «Renaissance» de dicha ciudad, en la que debuté con éxito enorme en una revista titulada «¿Has visto el eclipse?» Todo Lieja vió el eclipse, cuando yo casi estaba prediciendo el eclipse de mi nombre.

Allá comenzó una nueva vida para mí; vida de éxitos, lograda merced a la simpatía de los públicos franceses, a los que debo cuanto soy.

BISCOT

(Continuará)

POETAS DE HOY

Acuarela de feria

Caballitos pobres,

*—ilusiones de gente desarmada—
corren unos tras otros, no se alcanzan.
La vida es una bestia mala.*

*Una yegua roja
lleva filósofa la carga;
carga que no pesa en sus lomos,
por tanto más amarga.*

*Castizos pasodobles
que de alegría no tienen nada,
nulos de sonrisas, plenos de amargura;
sin embargo, parece que dicen jarana.*

*Tropos que adornan la tristeza
de unas antiguas tablas
que gimen tristemente, a cada vuelta
que da la caravana.*

*Una chiquilla rubia
subió en esta parada,
luego, notó que no llevaba perras
y se bajó azorada.*

*Un mocito fumando sin reposo
—y que lleva la testa rapada—
salta sobre un cisne amarillito
que lleva la cabeza adornada
con un bollo en el pico
—sentimentalismos de gente cansada—.*

*Leones, cebras,
cabras,
mulas pintadas;
este es el repertorio del vivo;
me olvidé, y un pegaso sin alas.*

*Se acomodaron todos,
suena la campanada;
la yegua emprende su camino,
que no tiene comienzo ni llegada.*

*Critjen las tablas,
hay gritos de una moza alborozada,
y a una chiquilla rubia
se le escapa
una lágrima blanca.*

BENJAMIN BENTURA

(1) Véase el núm. 2 de POPULAR FILM.

Pecadora

(Cango)

Música de J. Solá Iglemón

PIANO *mf*

VOZ. *pp*

VIOLIN

rall.

Al $\text{\$}$

Con objeto de que nuestros lectores encuentren en la página musical las más bellas composiciones de la temporada, hemos procurado contar con los más interesantes maestros de la canción y el baile, los cuales nos han prometido la exclusiva de sus más originales producciones.

FRENTE A LA

Escenas de "La Bohème", superproducción
METRO GOLDWYN,
interpretada por
Lillian Gish y
John Gilbert,
que se estre-
nará la actual
temporada.



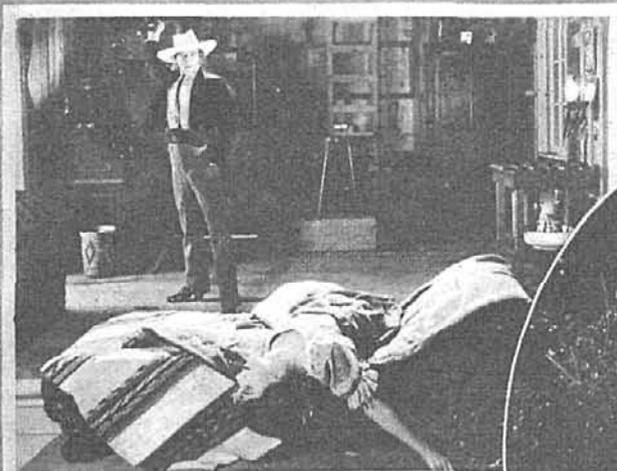
King Vidor, uno de los directores más prestigiosos de la METRO GOLDWYN, ha llevado a la pantalla, con la maestría en él característica, la célebre obra de *Henri Murger*, que ha pintado como nadie, en

magistrales páginas literarias, la bohemia del Barrio Latino de París.

Popular Film

PANTALLA

Gráficos de la gran producción, marca FOX, "Tres hombres malos", de la que son protagonistas *George O'Brien* y *Olive Borden*.



En "Tres hombres malos", toman parte 25.000 comparasas. Los espectadores podrán ver desfilan en esta película, grandes manadas de bisontes, la formación de pueblos



enteros en un solo día y las tierras americanas en su aspecto primitivo, y en las cuales penetraba el hombre, hace cincuenta años, a pie, en lentos y pesados vagones y a lomos de caballos semicerreros.

Popular film

Universalidad del arte cinematográfico

En las artes bellas, y de un modo especial en el grupo de las artes plásticas, se hallan latentes tres fuerzas objetivas que son las que producen las sensaciones en el observador. Estas sensaciones son de tres clases: la que se manifiesta en la noción, la que vive sujeta a la expresión y la que está supeditada a la emoción.

En las artes líricas — la poesía y la música —, la expresión y la emoción viven mejor definidas que la simple noción; pero en las plásticas, la noción y la expresión triunfan plenamente, pues en ellas, la emoción vive supeditada a la expresión.

No pretendemos en este pequeño preámbulo más que dar a conocer los principales elementos que integran las artes para establecer, una vez conocidos, un parangón entre las artes propiamente dichas y el séptimo arte o arte cinematográfico.

Apenas se discute ya la semejanza existente entre el dibujo, la pintura y el cine, toda vez que las imágenes que viven en la pantalla, transmiten una *noción* semejante a la que producen con sus obras los artistas del lápiz y del pincel. Que esta cualidad es un hecho, no cabe negarlo, pues no solamente expresan las imágenes cinematográficas la *noción*, de un modo íntegro, sino que la acompañan de una expresión intensa y bien definida que pone al arte mudo en condiciones de ser comprendido por todos, y que lo convierte en el idioma internacional por excelencia.

Cada arte tiene vida propia y se basta por sí solo para producir la emoción. Pero el cine, por ser como el teatro un arte espectacular, exige la intervención complementaria de las demás artes para su mayor perfeccionamiento y para ser algo más que el reflejo fiel de la naturaleza animada. Este complemento o supeditación de las artes plásticas, dan al séptimo arte un excepcional poder de manifestación, por el cual se le puede considerar como la más internacional de las expresiones.

De ahí que el cine sea el arte más ameno, dinámico y universal que existe.

ELECTRÓN

Un nuevo "hallazgo" del director Neilan

Varias son las estrellas cinematográficas que deben al célebre director Marshall Neilan que sus méritos hayan sido reconocidos por el gran público. Conocedor del mérito, su ojo está siempre alerta en busca de nue-

vos valores para la pantalla. Prueba de ello es el nuevo «hallazgo» que acaba de hacer, y que sin duda el público sabrá apreciar en todo su valor. Se trata de la bella artista francesa Arlette Marchal, a quien acaba de contratar para que caracterice el papel de «Condesa Zieka» en «Diplomacia», película que Mr. Neilan está dirigiendo para la Paramount.

Miss Marchal, linda francesita que ha caracterizado papeles de poca importancia en numerosas películas, integró el reparto de «Madame Sans-Gêne», la grandiosa producción de Gloria Swanson para la Paramount. Desde entonces ha aparecido en distintas obras, aunque en papeles que no le daban la oportunidad de poder mostrar sus grandes aptitudes artísticas.

—Esta artista vale para algo más — declaró Mr. Neilan al verla actuar en una de sus últimas obras—. Y se le debe dar la oportunidad que sus aptitudes merecen.

Acto continuo le hizo la proposición de que apareciese en «Diplomacia» al lado de Blanche Sweet, que es la protagonista. En el reparto de esta película figuran artistas de tanto mérito como Neil Hamilton, Matt Moore, Arthur Edmond Caret, Earle Williams, Gustav von Seyffertitz, Julia Swayne Gordon y David Mir. La adaptación del famoso drama de Sardou estrenado por Sara Bernhardt, se debe a la pluma de Benjamín Glazer.

“El rey de la velocidad” en una película de Bebe Daniels

Charles Paddock es conocido en el mundo entero como el «rey de la velocidad». Hasta la fecha no ha habido ser humano alguno que le haya podido quitar su título de andarán. En concepto de tal, el rey de Montenegro le confirió hace poco un título nobiliario: Charles Paddock no es Charles Paddock: es «Sir Charles Paddock».

Pero no es como noble ni como andarán que la Paramount lo ha contratado para que aparezca en una de sus películas, sino como instructor de deportes.

¿Instructor de deportes? — argüirá el lector — ¿y por qué?

Se trata de la nueva película de Bebe Daniels, «Amores de Colegiala». Esta película se desarrolla en un colegio en que la linda Bebe recibe su educación. En ese colegio hay un «instructor de deportes» que juega parte muy importante en el argumento. Y aquí entra la explicación del por qué la Paramount lo ha contratado para que caracterice tal papel, tal vez no como andarán, ni como noble, ni aun siquiera como «instruc-

tor», sino simplemente como actor de valía que ha estado enamorado de la escena muda desde temprana edad, y que para expresar de alguna manera su amor a la escena ha dramatizado un buen número de obras y representado infinidad de papeles en funciones infantiles.

—Para nosotros — ha declarado Héctor Turnbull, productor asociado de la Paramount —, Mr. Paddock es un actor catalogado entre los que nosotros llamamos «individualidades de la pantalla». Su actuación en «Amores de colegiala» presta gran realce a la bella Bebe, quien espera que ésta no sea la última película que impresiona para nosotros, teniendo por «instructor» a tan magnífico artista.

La Paramount adquiere los derechos literarios de “La dama galante”

Según declaraciones de Héctor Turnbull y B. P. Schulberg, productores asociados de la Paramount, la famosa empresa cinematográfica acaba de adquirir los derechos literarios de «La Dama Galante», con objeto de filmarla con Florence Vidor como protagonista.

Según arreglos especiales hechos con la famosa artista, quien acaba de concluir de impresionar «Jamás se conoce el corazón de la mujer», al terminar su próxima película «El Aguila del Mar», en la cual Ricardo Cortez caracteriza el papel de protagonista en compañía de Miss Vidor, la bella actriz comenzará a filmar «La Dama Galante».

Un luchador de profesión que debe actuar como “pacíficador” en “Old Ironsides”

«Que un luchador de profesión se le contrate para que sirva de «pacíficador», es cosa que no comprendo.»

Esto es lo que dijo el boxeador Godfrey, uno de los aspirantes al cetro de Tunney, cuando se le notificó que la Paramount lo había contratado, no para que exhibiese sus múltiples cualidades pugilísticas, sino simplemente para que sirviese como «pacíficador» entre las luchas que sostienen Wallace Beery y George Bancroft en sus respectivos papeles de viejos «lobos de mar» de la fragata «Constitución», en torno de la cual se desarrolla el argumento de «Old Ironsides», película que James Cruze ha producido para la Paramount, y en la cual el boxeador aparece como cocinero bonachón, lleno de ternuras y buen tino, tal vez lo contrario de lo que es en realidad.

MARAVILLOSO

Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural a LOS OCHO DÍAS de usar el INSUSTITUIBLE ACEITE VEGETAL MEXICANO, PREMIADO GRAN PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada y por esto se usa con las mismas manos, como cualquier BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADÍSIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal o cual color: es únicamente para devolver a los CABELLOS BLANCOS su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTÍA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS O NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Concesionario: E. SARRÁ. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de a 10 pesetas hay cantidad suficiente para un año de uso.

BOLETÍN para tomar parte en el Concurso de POPULAR FILM

“¿Tengo condiciones para ser artista de cine?”

Nombre del concursante

.....

Domicilio.....

Número

Población

Provincia

Firma:

Popular Film

ECOS DE BARCELONA

PRUEBAS DE PELÍCULAS

«Varieté», de la «Ufa»

En el Coliseum se pasó en prueba privada esta película de la casa alemana «Ufa».

«Varieté» es una de esas producciones en las que no se sabe qué admirar más, si el argumento, la presentación o la interpretación.

Hay en esta película, admirable de veras, escenas escalofriantes, de una intensidad, de un vigor dramático pocas veces igualado en la pantalla. Tal la de los ejercicios en el trapero, a una altura enorme, que realizan los personajes María Berta, Bos y Artinelli, después de saber el segundo la infidelidad de la muchacha. El público espera que Bos lance al vacío a Artinelli, su rival, para vengarse de él. La emoción se apodera de los espectadores, que aguardan este momento trágico, que no llega, sin embargo, por lo que hay que alabar la habilidad del director de esta gran película, que ha sabido producir el escalofrío emocional, sin llegar a la tragedia, que se desarrolla en otra escena tan intensa y escalofriante como ésta.

Lya de Putti, en el papel de María Berta, se nos muestra como una de las actrices dramáticas más geniales. No se puede dar una impresión más acabada de los sentimientos que mueven al personaje en cada momento de la película.

Emil Jannings, en el de Bos, el titiritero, está sencillamente magistral. Ni siquiera ha necesitado caracterizarse para componer el tipo.

La «Ufa» logrará con «Varieté», el día de su estreno, uno de sus triunfos más legítimos y clamorosos.

EL ESPECTADOR SILENCIOSO

«Manon Lescaut», de la «Ufa»

Entre las varias presentaciones que durante una muy corta temporada nos ha hecho la nueva marca alemana «Ufa», descuella por su argumento, de todos conocido, y por su bellísima realización, el film «Manon Lescaut», basado en la célebre novela del abate Prevost, en la que la humana emoción que el amor presta a los corazones juveniles, late intensa al igual que en la adaptación, que si bien tiene un final menos trágico y patético que la novela, no por eso tiene menos emotividad.

Lya de Putti y Vladimir Gaidarón, que son los creadores, respectivamente, de Manon y

del Caballero Desgrées, realizan en esta película una labor admirable y digna de encomio por todos los conceptos.

La dirección artística ha hecho un estudio de la época, acabadísimo en los interiores, interesante en los exteriores y lleno de justeza en los pequeños detalles que retratan la época decadente a que llevaron los Luises al pueblo francés.

Al hablar de la fotografía no podemos olvidarnos que en Alemania es la óptica una de las ciencias que más han progresado. En este film y en algunos momentos, es magnífica, sobre todo en los desfocados y juegos de luz.

Estamos ciertos que de continuar la «Ufa» por el camino emprendido, sin vacilaciones que anormalicen su producción y orientada siempre al arte puro, no tardará mucho en imponer sus artistas y sus producciones, de las cuales, las vistas hasta ahora, sin llegar a constituir una labor genial, pueden señalarse y reseñarse entre las que las principales firmas mundiales nos presentan.

Felicitemos a la «Ufa» por su talento ecléctico y la animamos en su labor de selección.

M. DE R.

LA ESCENA MUDA

En el Kursaal y Cataluña

En estos magníficos salones se estrenó con enorme éxito la producción «Prodisco», distribuida por la Julio César, S. A., «La vida para el amor», cuyo argumento publicamos en este mismo número.

«La vida para el amor» es una película dramática sentimental, de original asunto y con varias escenas de un fuerte realismo que hacen más intensa la acción.

La labor de Leatrice Joy, la magnífica y hermosa estrella del arte mudo, y la interpretación en esta película del estupendo actor Edmund Burns, es de veras admirable.

También merece señalarse el estreno de «Echando chispas!», deliciosa comedia del programa Verdaguer.

En el Coliseum

El domingo último se estrenó en este aristocrático salón la producción «First National», distribuida por la Metro Goldwyn, «Un ladrón en el Paraíso».

Esta película obtuvo un éxito grandioso por la novedad de su asunto y por la excelente interpretación de Ronald Colman y Doris Kenyon.

Noticiario cinematográfico

La Comisión organizadora del homenaje a don Joaquín Freixes, ha recibido, entre otras muchas, la adhesión de la Mutua Cinematográfica y Sociedad de Empresarios.

El acto, como ya se anunció, se celebrará el día 15 del corriente, y los tickets, cuyo valor es de quince pesetas, se expenden en el local de la Mutua.

La Seleccine, S. A., ha trasladado sus oficinas al Paseo de Gracia, número 91, pues el local de la Ronda de la Universidad, en que las tenía instaladas, resultaba insuficiente para el desarrollo adquirido por esta casa.

Deseamos a la Seleccine que continúe la buena racha en su nuevo domicilio.

La «Ufa», casa alemana editora de esa joya de la cinematografía titulada «Los Nibelungos», estrenada en el Coliseum durante la temporada 1923-1924, cuenta para la temporada actual con películas tan excelentes como «Metrópolis», «Varieté», «Fausto», cineversión de la obra de Goethe; «El sueño de un vals» y «Manon Lescaut», basada en la célebre novela de igual título del abate Prevost.

La «Ufa» cuenta con otros films importantes que le proporcionarán los éxitos que merecen todas las producciones de esta casa, por la propiedad y lujo con que las presenta, y por el cuidado con que hacen los directores de dicha editorial, la elección de asuntos.

El terreno en que fueron filmadas las escenas de batalla de «El gran desfile»

Las escenas de batalla de esta gran producción fueron reproducidas por oficiales de la segunda división. Los nuevos reclutas extrañaban todo cuanto les hacían llevar a cabo; pero los directores de estas escenas, es decir, los oficiales mencionados, creían revivir los horrores de las luchas que tan fielmente ha reflejado esta magna producción.

Uno de los datos curiosos es que el terreno en que fueron filmadas estas escenas guerreras es precisamente el mismo por donde pasaron en su marcha triunfal y fatídica «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», tan magistralmente llevado a la pantalla por el insigne director Rex Ingram.

King Vidor, director de «El gran desfile», consideró que nadie como los que habían vivido la gran guerra podían retratar mejor lo sucedido y dar más naturalidad a las escenas, siendo por este motivo el general Malone de Fort Sam Houston quien planeó el plan de campaña, y el coronel Harry Bishop el oficial que le secundó.

BOLETÍN de votación para el Concurso de POPULAR FILM

Nombre del votante

Domicilio

número

Población

Provincia

Voto por

Firma:

CARTELES DE CINE

MANUFACTURA GENERAL DE IMPRESOS - LITOGRAFÍA

REPRODUCCIONES DE
ARTE - CATÁLOGOS
CROMOS - FACTURAS

Teléfono
n.º 674 G.

PAPEL DE CARTAS-TARJETAS Y DEMÁS TRABAJOS COMERCIALES

R. FOLCH Villarroel, 223 - París, 130
BARCELONA

Popular Film

LA MODA EN EL CINE

El supremo arte de la mujer es saber vestirse

La vida moderna con sus febriles agitaciones y sus formidables exigencias, obliga a la mujer elegante a ser un juguete en manos de la moda, a cuyos caprichos ha de dedicar el máximo del tiempo que precede a sus paseos matinales, a sus esparcimientos vespertinos y a sus diversiones nocturnas. La mujer que precia en algo su juventud y su belleza, y se da cuenta del arma que con ellas posee, procura en todo momento hacer resaltar sus cualidades, para de este modo lograr la admiración del sexo contrario y subyugar con ellas el alma, siempre esclava, del hombre, que ha sido y será eterno adorador de la belleza femenina.

La dulce enemiga del hombre, cuando es joven y bella, se ama tan intensamente a sí misma, que la es imposible prescindir del juicio del varón.

El *narcisismo* en la mujer, más que disculpable es necesario. Bien está que el hombre se alabe de sus obras, de sus gestos, de sus acciones. Pero tan lógico y natural como esto, es que la mujer se alabe de su belleza, pues está probado que lo que al varón le enamora de ella y lo decide a darse de baja como célibe, no es la bondad, la honestidad, ni siquiera la ternura de las féminas, sino la belleza de su rostro, la euritmia de su cuerpo, el arte con que cubre, con sedas y rasos, igual que con sencillo percal, lo más codiciado de su gentil persona.

Sí, la mujer tiene que decorar esmeradamente su fachada para que el hombre, el enemigo a quien ha de conquistar y rendir, se fije en ella; pero ha de cultivar, con mayor esmero aún, su espíritu, si no quiere salir manchada de los brazos del que acaba de conquistar, de los brazos que lo mismo pueden elevarla y sostenerla, que arrojarla al fango.

Pero si para atraer al varón es necesario ser bella, ¿qué harán las que no han sido dotadas de esa cualidad física?

¡Bah! No existe mujer joven que no sea bella. No hay un tipo único de belleza, ni se es bella, exclusivamente por la pureza de facciones. La gracia es también belleza. La bondad, reflejada en una sonrisa, belleza es y de más alta categoría, con atractivo mayor que la determinada por la corrección de las facciones. Hay mujeres, de las que no puede decirse que son hermosas, si nos sujetamos

a los modelos de belleza que los artistas de todos los tiempos han fijado en lienzos y en mármoles, y que, sin embargo, poseen un encanto indefinible y que reside, acaso, en los ojos, en la boca, en cualquier detalle al parecer insignificante.

Además, la juventud por sí sola, es bella.

Por esta página que dedico semanalmente a estas charlas frívolas, que procuro sean amenas, y que dirijo de un modo especial a mis lindas lectoras, desfilan, en efigie, naturalmente, muchas mujeres a las que el cine ha dado celebridad.

¿Puede asegurarse que todas estas mujeres son bonitas, atendiendo a sus rasgos fisonómicos? No, ¿verdad? Y no obstante, ¿se atrevería el hombre más exigente a decir que no le resultan encantadoras? No, no se atrevería a decirlo.

Y es que estas inquietas muchachas que hemos visto cien veces en la pantalla, conocen como nadie el arte de arreglarse para destacar lo agradable de su persona.

Así, Clara Kimball sabe muy bien que a su tipo aristocrático, de gran dama, cuadra perfectamente ese vestido de larga cola con que aparece en una de sus producciones, y el que

presta a su figura una suprema distinción.

¿Y qué me decís del gorrito de punto que enmarca el rostro alegre y expresivo de Norma Shearer? Verdaderamente le da un aspecto entre picaresco e ingenuo que rima con sus facciones, redondeando el óvalo del rostro, un poco largo, y al que no cuadraría, por ejemplo, uno de esos sombreros de fieltro, de copa demasiado alta y con pluma mosqueteril. El secreto, pues, para ser bella, está en saber exactamente lo que requiere cada rostro y cada tipo.

La misma prenda que hace resaltar la belleza o el garbo de una mujer, es de un efecto deplorable llevada por otra mujer de tipo opuesto o distinto.

No es la forma del vestido, sombrero, etc., lo que favorece o desfavorece, sino el color de éstos y los adornos que se les aplica.

Ya lo saben mis lectoras: para ser bella, sin ser un dechado de perfección, basta con saber vestirse.

MISS GLADYS



Museo fotográfico de POPULAR FILM



LAURA LA PLANTE

la encantadora estrella de la Universal, protagonista de la superproducción
"El Sol de Medianoche".

Popular Film

ESTRENOS

En "La dona verge", drama estrenado en el Apolo, se reveló un gran dramaturgo.

El estreno de «La dona verge» ha sido la revelación total de un gran dramaturgo. Este drama coloca a Manuel Fontdevila entre los autores más ilustres del teatro catalán.

Pero además de una revelación, ha sido también una lección para los empresarios romos y cerriles, que creen todavía que las temporadas se salvan con obras de autores muy gastados en los carteles. Por el contrario, esos autores tienen ya muy poco que hacer en los escenarios. Sus mejores obras, las que le dieron fama, se han hecho viejas, como ellos mismos, y las de ahora sólo sirven; en todo caso, para mermarles el prestigio que ganaron antes en buena lid.

Lo que resolverá la crisis teatral son obras de la calidad artística y de la valentía de «La dona verge».

Los tres actos del drama de Fontdevila están trazados de mano maestra, con pleno dominio de la técnica.

La figura de «Isabel», la protagonista, adquiere las colosales proporciones de los personajes más vigorosos que han pasado, desde hace muchos años, por la escena catalana. María Vila vivió el drama de «Isabel» tan intensamente, que no se puede lograr mayor perfección artística en la creación de un personaje. En lo sucesivo, el nombre de esta actriz no necesitará rodearse de un brillante cortejo de adjetivos; su nombre constituye, por sí solo, el más grande de los elogios que se la puedan dedicar.

Pío Daví hizo el tipo nada fácil de «Alfred», con la naturalidad y aplomo que él acostumbra, remarcando con su arte las líneas psicológicas con que el dramaturgo trazó esta criatura de su drama.

Admirables Barbosa y los demás intérpretes de «La dona verge».

Fontdevila tuvo que salir al palco proscenio al final de cada acto y a mitad del segundo, llamado por los espectadores que lo aclamaban llenos de fervoroso entusiasmo. El autor, María Vila y Pío Daví, tuvieron que dirigir la palabra al público, que demostró esa noche que se entrega sin reservas cuando se le ofrece arte puro, de buena ley. M. S.

"Per dret diví" en Novedades

El nombre de Guimerá corría estos días pasados de boca en boca. Los amantes de las glorias catalanas, los enamorados del arte y los curiosos de la literatura, hacían tema de sus conversaciones el drama que a estrenar iba Borrás, y que a bombo y platillos era anunciado como la póstuma y sublime creación del eximio autor de «Mar i cel».

La expectación hizo que el día del estreno el teatro Novedades estuviese rebosante de público. Se habían dado cita en él lo mejor de las artes y las letras, y un mismo anhelo vivía en todos los espíritus: honrar la memoria del maestro, del hombre bueno que fué en vida don Angel Guimerá.

Caldeados con esta llama, los espectadores esperaban con ansiedad al supremo sacerdote que había de officiar como nuevo Hierofante de un culto con un solo misterio sagrado en que iniciar. En medio del mayor silencio se alzó la cortina, y el primer aplauso estalló en la sala como premio a la labor realizada en la decoración por los escenógrafos señores Batlle y Amigó.

Primer acto. Un rey joven por todos en-

gañado, y hasta el que llega una mujer del pueblo para decirle la dolorosa verdad que, al romper en su espíritu, apesadumbrándole, hace que abandone las pompas reales y se lance a confundir y a fundir su espíritu con el de su pueblo, en el que cree ha de ver brillar la verdad que necesita su alma, deseosa de ver felices a sus súbditos todos.

En este acto, todo lo ideológico, todo lo bello y toda la grandeza de la concepción es de Guimerá, que tal vez haya pergeñado algunas escenas y determinado también algunos caracteres — pocos.

Segundo acto. Un pueblo en fiestas. La verdad que alteró la vida del monarca de este pueblo, salió engarzada en unos labios de mujer. El rey vivió en este pueblo como forastero: le rodea la traición, pero está en brazos del amor. Los celos de un campesino que ama a la mujer y al que los enemigos del rey tratan de comprar, descubre la verdadera personalidad de aquel hombre, ante cuya grandeza el amor se inclina y el pueblo se rinde.

Este acto adolece de pésima construcción: es excesivamente monótono y pesado, y únicamente en las dos últimas escenas pudo haber intervenido el talento creador de Guimerá.

Tercer acto. La traición de los nobles que odian al rey lucha con el amor que el pueblo le profesa. La marcha triunfal del rey, al que acompaña la mujer, es detenida por una bala que corta su vida, y a todos desespera, cuando la victoria llegaba a besar la noble frente del monarca.

Ninguna emoción tiene este acto, en el que el drama no pone en nuestro espíritu ni la más leve sensación. Los caracteres que se perfilan en los actos anteriores, llegan a él deslabazados y sin vida.

El verso, en algunos momentos sonoro, cae la mayor parte de las veces en la débil esfera del arte menor, monorrítmica y poco grandiosa.

Los escenarios en los que se desarrollan el segundo y tercer acto, están pintados respectivamente por Alarma y Vilomara. Un triunfo de la dirección artística, que derrochó a raudales el buen gusto.

La interpretación tiene usía. Con ella el señor Montero nos demostró que es un director de escena de primera magnitud: todo estaba medido y bien observado; no faltaba un detalle. Imagínate, lector, si una obra bien ensayada y en manos del eximio actor don Enrique Borrás no había de llegar a lo perfecto en la interpretación. Llegó, llegó, y a tan alto grado, que bien puede decirse que es la única figura que merecía el aplauso sincero y consciente, el cual no hay que confundir con el que salió del corazón de todos los espectadores con sublime grandeza para honrar la memoria del príncipe de los poetas

catalanes, bajo cuyo amparo y el de don Enrique Borrás se había colocado la obra estrenada.

Compartieron los honores de este triunfo sentimental don Joaquín Montero, al que felicitamos por su acertada dirección, y la señorita Fornés, cuya actuación al lado de Borrás será, por lo interesante, digna de mil aplausos; pues nos ha demostrado con «Per dret diví», que está adornada de excelentes cualidades para triunfar.

El resto de la compañía, segura de su papel, no hizo fallar el conjunto armónico en que la interpretación desarrollóse. Por la escasa importancia de los papeles que realizan, no hicieron notar sus aptitudes algunos de los buenos actores que acompañan a don Enrique en su actuación, y solamente el galán joven señor Samsó pudo, a pesar de su mínima actuación, perfilar su personalidad de un bello modo.

¿Día de gloria para la literatura catalana?... Honradamente y sin prejuicio alguno, creo que no. MARTINEZ DE RIBERA

Nuestra portada

Buster Keaton, el hombre que nunca ríe, pero que tiene la virtud de hacer reír a los demás, aparece esta semana en nuestra portada con el gesto más grave que nunca. Y es que figurar en la portada de un semanario como POPULAR FILM es una cosa muy seria.

ESTAFETA

Luis Ballesteros. — Málaga. — Para lo que se propone, lo mejor es que tome parte en nuestro Concurso «¿Tengo condiciones para ser artista de cine?» Académias de esa clase no las hay, al menos con la necesaria solvencia artística.

E. C. Canales. — Lérida. — No tenemos lo que desea. Esas fotos las tiene la Hispano American Film, pero no se las cederá a ningún precio.

Francisco Lozano. — Toluca. — El retrato de ese eminente artista lo publicaremos cuando se estrene «Miguel Strogoff, o el Correo del Zar», película de la que es principal intérprete. Gracias por su enhorabuena.

C. Puertas de Raedo. — Bilbao. — Procuraremos complacerle pronto.

Arsenio Olcina. — Alcoy. — Pronto publicaremos esa sección y daremos cabida en ella a su artículo.

Jenaberosada. — Lorca. — Si publicáramos semanalmente todo lo que nos envían los espontáneos, tendríamos que licenciar a los redactores. Y crea usted que los lectores perderían con el cambio. Bastante haremos con publicar de vez en cuando lo que merezca los honores de la publicidad.

Cayetano Aguilar. — Madrid. — Agradecemos los elogios que dedica a nuestra revista y veremos de complacerle.

José Soriano. — Valencia. — Tomamos nota de su ofrecimiento para cuando llegue el momento oportuno.

Maurio A. — Barcelona. — Nos informaremos de lo que desea y se lo comunicaremos por carta. Recibido el giro.

A. Valls Giménez. — Alcanar. — Tendremos mucho gusto en publicar sus originales, siempre que se ciña en ellos al carácter de la revista. Gracias por su felicitación.

Ray. — Valencia. — Cuando decidamos algo en ese sentido ya lo tendremos a usted en cuenta.

Rafael Gil Gutiérrez. — Málaga. — 1540, Broadway, New York City.



KALMINE

EL MEJOR SELLO
CONTRA EL DOLOR

Laboratorio P. METADIER TOURS

De venta en todas las buenas farmacias
y droguerías de España.

Depósito general para España: Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.: Paseo Industria, 14, Barcelona

Argumento de la semana

La vida para el amor

Selección Prodisco. Distribuida por Julio César, S. A. Interpretada por *Leatrice Joy* y *Edmund Burns*

I

El Valle de los Reyes, en el antiguo Egipto, fue lugar propicio a enterramientos, y en su silencio duerme los cuerpos momificados de aquellas seculares dinastías que con tanta grandeza vivieron en vida como en muerte. Verdaderos palacios laberínticos, ocultos a los más perspicaces observadores, encerraban en sus quebradas galerías tesoros artísticos de valor incalculable, que tanto llamaron la atención de los aventureros como la de los sabios.

Uno de estos últimos, al frente de una legión de obreros, hacía tiempo que excavaba en una antigua tumba, a la que llamaban de los amantes, sin que sus múltiples esfuerzos hubieran conseguido hallar la cámara mortuoria donde según la leyenda dormían abrazados el sueño eterno dos pobres amantes de regia estirpe, sacrificados por el orgullo de un Faraón que, arrepentido de su crimen, labró en la roca del Valle de los Reyes aquel palacio escondido que guardase eternamente su último sueño y su primer amor.

Era este sabio un joven americano llamado Nicolás Oniswurt, al que acompañaba en sus investigaciones una vieja y ricituca millonaria inglesa, que había dedicado su vida sin amores al estudio de la antigua ciencia del misterioso Egipto, cuyas escrituras jeroglíficas no tenían ya secretos para la vieja acartonada y seca, como una momia de la cuarta dinastía, Lady Constance Freud, que así se llamaba aquella mínima cantidad de mujer, emparentada con toda la nobleza más pura del Reino Unido, poseía un palacio a orillas del Nilo, en el que el joven americano tenía reservadas habitaciones como invitado de primera categoría.

Adelantadísimo marchaban los trabajos de la excavación, y varios objetos de arte habían ya caído en manos de los extranjeros que trataban de romper con su piqueta el secreto que aquellas piedras conservaban durante tantos siglos. Uno de los objetos más curiosos que se encontraron en la penúltima cámara de la tumba faraónica, fue una copa de oro, en la que una indecifrable inscripción resaltaba ante los ojos curiosos de los investigadores científicos, que no sabían otra cosa más que había pertenecido a los amantes.

Aquella inscripción única que hablaba de cosas de un pasado tan lejano y el cántico de aquella copa al parecer modelado sobre un seno de mujer, tenían vuelto el juicio a Oniswurt, que en todo momento, con el vaso en las manos y perdida la mirada en el vacío, parecía recordar la extraña historia de los desgraciados amantes que tantas veces habían unido sus labios a los bordes de la copa que, enigmática en su jeroglífica inscripción, parecía traerle un mensaje de ultratumba.

La cámara mortuoria no debía ya de estar lejana; labor de unos días solamente, pero que poco se figuraban ellos que lo que tanto trabajo les producía, estaba hacia mucho tiempo en manos de otro ser, el cual, a través de las gruesas paredes que les separaban de la cámara central, percibía sus palabras y veía con rabia como iba el americano ganando terreno.

Era este el príncipe egipcio Mohamed Effendi, aventurero de Tebas que explotaba su nombre y sus vastos conocimientos acerca de los documentos del antiguo Egipto para penetrar en las tumbas secretas y robar a los muertos sus joyas de más valor, para triunfar entre los vivos y poder dar satisfacción a su temperamento sensual e impulsivo.

Selun, viejo y sabio criado le acompañaba en sus excursiones como la sombra al cuerpo. Aquella repugnante figura de viejo capuloso, era el alma negra del príncipe Mohamed, que apreciaba en todo su valor las altas prendas que adornaban a su viejo criado, al que decía contemplando la obra de los investigadores:

—Selun! ¡No llegarán jamás a la cámara central! ¿Me oyes?

—Sí, señor. Jamás pondrán los pies en ella. ¡Os lo prometo por Isis, nuestro poderoso señor!

II

Aquella misma tarde, cuando ya el sol corría a ocultarse entre dos montañas de arena, una caravana hizo alto al pie del campamento que en el Valle de los Reyes había levantado Oniswurt, y descendió de uno de los dromedarios una lindísima mujer que, después de preguntarle, se lanzó alegre y alocada hacia la tienda de Oniswurt, su prometida.

La recién llegada era Diana Roberts, millonaria prometida del joven sabio americano, tras cuyos pasos venía desde que salió de América.

La sorpresa que recibió Oniswurt fue tanta como la que le produjo el hallazgo de la inesperada copa a la que seguía dedicando sus mejores pensamientos. Cuando Diana penetró en su estancia, estaba el joven sabio procurando traducir el jeroglífico que adornaba la copa y, si hemos de decir la verdad, no fue mucho el caso que hizo de su prometida.

Diana Roberts era una pasional, una de esas mujeres nacidas para el amor y por el amor creadas, para rendir el orgullo del hombre más fuerte. Tenía todas las buenas cualidades que puede tener una prometi-moda: era bellísima, elegante, discreta, apasionada y riquísima. ¿Qué más podía pedir el bueno de Nick Oniswurt? Sin embargo y a pesar del sacrificio que suponía su viaje, el recibimiento que Nick hizo a Diana, fue un poco frío.

Entre las muchas cosas que del mundo civilizado habíase llevado Diana al desierto y, como algo muy digno de ser tenido en cuenta, merecían citarse tres pobres diablitos de la buena sociedad, los cuales se habían visto obligados por su corazón a seguir a la hermosísima Diana hasta las márgenes del Nilo. Ellos

la acompañaban en todos sus paseos y la daban serenatas que el bueno de Sandwsky amenizaba con su saxófono o su bandolina.

Durante el día trabajaban todos los hombres de Nick en las excavaciones, dirigidas por él, mas cuando el sol caía y el desierto se llenaba de sombras y de fieras, la caravana se encerraba en Tebas, en uno de cuyos más hermosos palacios, rica mansión de Lady Constance, tenían sus habitaciones Oniswurt y Diana Roberts, la cual cada día estaba más enamorada de su prometido, que tan interesado estaba en encontrar la solución al jeroglífico de la copa egipcia.

Estaban aquella noche en la terraza del palacio que se retrataba en el Nilo, dejándose acariciar por la brisa templada y abandonándose al beso de la luna plena que plateaba las aguas silenciosas del río sagrado.

La noche, pesada y calurosa, había puesto los nervios de Diana en tensión y en sus ojos luces brillantes y humedades destellos. El amor que dominaba todo su ser saltaba a su pupila inquieta, que dulcemente se posaba en el amado que no tenía ojos más que para contemplar la extraña inscripción.

Diana fue acercándose poco a poco a su novio hasta quedar sentada junto a él; su mirada estaba fija en la de su adorado y había en ella tanto amor, que únicamente un hombre cegado por una tan intensa preocupación podía no darse cuenta de que a través de ella el amor le brindaba la eterna gloria de un beso de fuego.

—¿Tanto interés—preguntó Diana—encierra esa copa para ti, Nick, que no te permite darte cuenta... de la hermosura de la noche?

—Mucho, Diana—respondió aquel—. ¡Fue tan intenso amor el de aquellos que de ella se sirvieron y tan triste el momento de su muerte, que no te puedes hacer una idea del influjo que tienen para mí todos sus recuerdos!

—¿Cuál fue la causa de su muerte, Nick?

—El amor y los celos les llevaron al Valle del silencio. ¡Es una triste historia de amor!

—¡Refiéremela... Nick! Todo lo que a ti te interesa despierta mi interés.

—Pues si quieres saber, mi bien amada, calla y escucha...

«Hará la friolera de 30 siglos y reinando en Egipto la XIX dinastía, aquella a la que llamaron de los hijos del sol, dirigía la nave del imperio colosal el vengativo Faraón, Ramses VI, descendiente de aquellos poderosos monarcas que fueron dueños de los dos mundos, africano y asiático.»

«Había decidido el viejo emperador, tomar por esposa a una hermosísima princesa de un reino lejano, cuya belleza, en alas de la fama, había llegado hasta su trono, y encomendado había a su hermano menor, el príncipe Ashari, que fuese en su busca y la trajese con todos los respetos hasta su palacio.»

«El príncipe Ashari—dicen las crónicas—, era un magnífico ejemplar de aquella raza fuerte y poderosa con la que Sesostris llegó a dominar a los grandes pueblos asiáticos, cuyo inmenso poder destruyó, para grandeza del Egipto y eterna gloria de su nombre: era también dulce y enamorado a la par que valiente guerrero y no pudo resistir el fulgor de los ojos magníficos de la princesa Herath, que al posarse en él, le rindieron y se le rindieron con todo el abandono que les inspiraría un primer amor.»

«Las noches del desierto, tachonadas de estrellas, que los ojos de la amada reflejaban; el amor que en sus almas sentían y la fuerza con que se atraían sus corazones fueron causas sobradas en que fundar la caída del príncipe que, arrastrado por su pasión, cayó en los brazos enamorados de la que iba a ser futura esposa de su hermano, Ramses VI.»

«Los días corrían y corría la comitiva de los enamorados a través de las doradas arenas del desierto, cada vez acercándose más a la mansión soberbia del orgulloso Faraón. La última noche y ya cerca de Tebas, bajo las palmeras de un oasis que se recordaban gráciles sobre un cielo sin nubes, los enamorados, cada vez más ajenos a todo lo exterior, enlazados libaron, en esta extraña copa, el fícor de la vida, y en aras del amor sacrificaron deberes y prejuicios, no viviendo más que para su eterna pasión que tan cara habían de pagar al destino.»

«Aquella noche no solamente contemplaron su amor sus servidores y las estrellas: un hombre que espiaba a la caravana contempló el prodigio de su unión suprahumana y corrió a los pies de Ramses VI para darle cuenta de la traición de los que amaba. La cólera del Faraón explotó, clamando venganza y exigiendo-sela a los dioses propicios. Su furia, capaz de llenar de sangre el imperio, necesitaba para calmarse la muerte de los culpables y la muerte les preparó, para cuando estuviesen en su presencia.»

«La corte, de gala, presenció la llegada de la futura esposa de su señor y la aclamó, cuando de la mano del joven príncipe, llegó al palacio soberbio de los Faraones.»

«Ordenó el soberano a su corte que le dejaran solo con su hermano y su prometida, y mandó a un esclavo que les sirviese el mejor de sus vinos para festejar su llegada. La sonrisa espantosa que quebraba la boca de Ramses se pronunció al dar esta orden al esclavo negro, que poco después, en una bandeja de oro puro, era portador de tres vasijas con el mismo contenido. Ofreciólas el viejo Faraón con agradable y dulce gesto, y tomó a su vez una de ellas, que galante elevó en honor de su futura. Apararon ambos príncipes sus respectivos vasos, y no tardó mucho la bella Herath en sentir en

sus entrañas el fuego del veneno activísimo que el Faraón la diera a beber. En los brazos de su amante cayó sin vida... La sonrisa de Ramses fue más amplia y el brillo de sus ojos más fuerte. Ashari, que no acertaba a comprender el por qué de la muerte de Herath, vio claro en el alma de su hermano al sentir los primeros efectos del veneno. Quiso lanzarse sobre él y castigar su crimen, mas ya era tarde: el veneno había hecho su efecto, y cayó muerto sobre la mujer que tanto amó y que le costaba la vida.»

«Ramses VI, después de haber cometido su crimen, no tuvo ni un día la conciencia tranquila. Mando recoger los cuerpos de los amantes, y él mismo los condujo a su última morada en el «Valle de los Reyes», donde pasaron a ocupar la tumba que para sí propio tenía preparada. La maldición de Isis conjuro sobre el que turbaba la tranquilidad eterna de aquel oscuro palacio de la noche sin fin.»

—¿Y esa es la tumba de la que quieres encontrar la última cámara? —preguntó Diana, acercándose aun más a su prometido, que había quedado en silencio y contemplaba a su amada con un interés nunca sentido.

—Sí, Diana: la tumba de aquellos amantes que temían por lema: «Un momento de amor bien vale una vida.»

—Lo ves, amor mío. «Un momento de amor bien vale una vida.»

Se lo decía mirándose en sus ojos, apasionada y tierna, casi abrazada a Nick, que iba abriendo las puertas de su corazón y su temperamento dispuesto a recibir en ellos aquella dulce sensación que le brindaban los brazos de Diana enlazados a su cuello.

Pero Diana no tenía suerte. Una puerta se abrió, y la voz antipática de la vieja Lady Constance sonó cascando preguntando:

—¿Estorbo? No, ¿verdad? ¿Qué tal, Diana?

La ricituca Lady continuó:

—Señor Oniswurt, he venido a darle un alegrón. Acabo de descifrar la inscripción de la copa de los amantes. Venga a mi despacho y traiga la copa con usted. Es interesantísimo.

Y la pobre Diana se quedó sin novio precisamente en el momento que más cerca de sí le tenía. Su temperamento sensual y apasionado no podía calmarse en el fuego de aquella noche cálida: necesitaba aire sus pulmones y su boca seca, y salió de la casa dispuesta a buscar algo que calmase sus nervios en punta.

Los tres eternos adoradores de Diana, Wadalanes, Vichy y Sandwsky, la esperaban en la galería dispuestos a entonar en su honor una serenata, que al comenzar de tal modo hirió los oídos de Diana, que les dejó plantados, y tomando un caballo que ensillado había a la puerta del palacio, se lanzó al galope a través de la sabana en silencio del desierto.

—Nick!

—Nick!

—Nick!

—¿Que os pasa? —preguntó Nick, asustado al ver las caras compungidas de los pobres muchachos.

—Diana —dijo Vichy— ha montado a caballo y se ha lanzado al desierto: tenemos miedo de que la pase algo.

—¿Hacia dónde se ha dirigido? —preguntó a los tres dandys Oniswurt, dispuesto a lanzarse al galope de su caballo en su seguimiento.

—Ese es el camino que tomó, Oniswurt —dijo el apesadumbrado Wadalanes.

Efectivamente, los cascos del caballo que montaba Diana habían dejado sus senales en la arena. Tras ellas se lanzó Nick, esperando al final de su camino que los bandidos del desierto o las fieras carnívoras hubieran puesto en peligro la vida de la mujer amada, la cual, ajena a todo lo que no fuese el estado de su espíritu, galopaba sin preocuparse de asechanza alguna, hasta que, cansada, descendió de su caballo y se tendió en la arena caída, que recibió el beso de aquel cuerpo perfecto y semidesnudo como un luz presente de los cielos.

La noche misteriosa y plena de luz de luna y fulgores de estrellas envolvía en el opalo de su claridad aquel bello cuerpo envainado que se buscaba a la tierra anhelando otras caricias que no había podido lograr. Se creía a cubierto de todas las miradas, y dejaba que sus nervios en tensión diesen un máximo rendimiento que trajese la calma a su organismo. No podía darse cuenta que tras las dunas, escondidos, contemplaban la estatua viva de su carne unos ojos brillantes y negros, que fulguraban de deseo llenos, tanto como las estrellas que encendían sus lumbres en la noche.

No tardó mucho Diana en sentir su poca previsión: unos bandidos árabes la rodearon sin dárle tiempo a huir, y no hubiera salido indemne de sus manos si sobre el grupo no hubiese caído el príncipe egipcio Mohamed, conocido del jefe de la tribu árabe, la que dejó en sus manos la apetezida presa, temerosa del poder de aquel gran señor al que odiaban y tenían al mismo tiempo.

Nada había conseguido Diana al cambiar de compañía. La compañía de aquel hombre en medio del desierto la tenía aterrada. Conocía al príncipe, que más de una vez la rindió pleitesía en los salones de Tebas, pero sabía también la pasión que había inspirado a este descendiente de los Faraones, impulsivo y sensual, cuyos ojos se iban recreando en la contemplación de su admirable cuerpo, mientras sus brazos se cerraban sobre la magnificencia de aquel busto que, desmayado en sus brazos, no podía oponer resistencia alguna.

Segura tenía la presa aquel cobarde, cuando cual si brotase de las sombras, Oniswurt se aproximó al grupo al galope de su caballo. Volvía en sí Diana de su des-

vanecimiento, y no pudo impedir que Nick, creyéndola agraviada, golpease al egipcio que, caído en la arena, les dejó marchar, no sin haber jurado la perdición del joven sabio americano, al que odiaba a muerte por el doble delito de extranjero y prometido de Diana.

Ambos prometidos se dirigieron a Thebas seguidos por Wadalan, Vichy y Sandwsky, que montaban sendos ejemplares de la raza asnal, célebre por su excelencia en el Egipto.

Sin decirse una palabra se dirigieron a sus respectivas habitaciones; el celoso y ella agraviada.

A la mañana del día siguiente, Diana preparó su equipaje, pues quería dar una lección a su novio, y cuando él llegó se la encontró dispuesta a marchar, lo que hizo después de echarle en cara su desamor y lanzar la copa egipcia, causa de su abandono, a los pies del sabio, que pudo recogerla sin deterioro merced a un prodigio de ligereza.

Poco después de esta escena molesta en la que aún vibraba el amor en ambos corazones, se dirigió Diana al «Hotel Europa» en la barca de paseo del príncipe Mohamed, que rindamente se la ofreció y que fue aceptada por Diana para llenar el espíritu de Nick de celos y de rabia.

Había fiesta en el hotel aquella noche, y a ella acudió también Nick dispuesto a contemplar una vez más a la mujer adorada que, deslumbrante de lujo y de belleza y rodeada de múltiples admiradores, de los que triunfaba en toda la línea el príncipe egipcio Mohamed, reía alocada y nerviosa sin otro objeto que el de dar celos al pobre amor suyo, que sufría lo indecible aguantando la charla monótona de Lady Constance Freud, a la que tuvo que complacer, bailando en su compañía un fox, llevado por la anciana a tiempo a veces de galop y a veces de gavota, que causó las delicias de la concurrencia, y sobre todo de Diana, cuya sonrisa, más que ninguna otra, hacía daño al enamorado y celoso Nick.

El príncipe Mohamed no la dejaba ni a sol ni a sombra. En todo momento estaba rendido a sus pies. Para él no había otra dama en el salón ni tenía ojos más que para contemplar la belleza morena de Diana.

Tras ellos, siempre en continuo idilio, estaban los tres esclavos que Diana se trajo de Europa, y que ahora odiaban al príncipe Mohamed como antes odiaron a Nick y como odiarían a todo aquel que mostrase predilección por Diana. Cada vez que un nuevo pretendiente se acercaba a la coqueta, los pobres petimetres sentían en el alma un odio reconcentrado que solamente se aliviaba entre ellos, pues únicamente estando los tres a solas, podía cada uno de ellos presumir de valor.

Pensaba Diana salir al jardín, y después de terminar uno de los bailes entregó a un camarero la llave de su cuarto para que la trajese uno de sus chales.

III

El gesto de dolor que Diana viera en el rostro de su amado Nick, y lo que ella misma sufría por no estar a su lado y por verle padecer, hizo nacer en su espíritu, muy poco dado a la venganza, un deseo de hablarle, de decirle que todo era una farsa y que a nadie quería más que a él. Fue agrandándose en su espíritu tal decisión, y quiso ponerla en práctica en cualquier momento propicio.

Nick estaba aún soportando la charla estúpida de la vieja Lady, que se cansaba de hablar sin darse cuenta de que el bueno de Nick ni la escuchaba.

Salió de casa este creyendo que se iba a divertir, y estaba pasando la noche peor que en su vida había transcurrido.

Lady Constance le hablaba de sus triunfos como sabio, de su genial juventud, de los faraones y de las momias, sin saber que en aquel momento no había momias en Egipto que consiguiesen distraer de sus pensamientos a Nick.

Los ojos de Diana le atraían de modo magnético; sus labios, pintados de carmín, que fueron hasta entonces mirados sin deseo, le perseguían; sus sonrisas, cuando a otro de sus mil admiradores eran dirigidas, le desesperaban de tal modo que no podía obrar con paciencia. Sus nervios, tensos, no querían obedecerle y le estaban haciendo pasar un mal rato.

—Príncipe: ¿será usted tan amable que me trajese un refresco? ¡Hace tanto calor en este salón! — dijo Diana al príncipe.

Acompañó su petición con una mirada tan halagadora, que el príncipe, a pesar de su orgullo, saltó dispuesto a cumplir el ruego que la bella le hiciera.

No esperaba otra cosa Diana. Se levantó de su mesa, y dirigiéndose a la que ocupaba su adorado, que al verla venir volvió la cabeza, y preguntó un poquitillo irónica:

—¿Molestó?

—De ninguna manera — contestó Lady Constance—. Usted, hija mía, no molestó nunca.

—¿Opinas tú lo mismo? — volvió a preguntar Diana, dirigiéndose a su prometido.

—Nunca me molestó tu presencia. No sé por qué haces esa pregunta, conociéndome como me conoces.

—Es que quiero hablar contigo. ¿Quieres acompañarme un instante?

Había tanta dulzura en sus palabras, tanto amor en sus ojos y tanta humildad en su petición, que Nick accedió gustosísimo, deseoso de tener una explicación que volviese a sus brazos a la mujer amada.



—Usted me perdonará, Lady, que la robe un momento a su colaborador, ¿verdad?

—Sí, hija mía; si yo no hacía otra cosa que procurar entretenerle. Vayan, vayan ustedes y cásense pronto.

—¡Gracias, Lady! ¡Es usted muy buena! — dijo Diana, agradecida a las dulces palabras de la sabia aristócrata.

Una mesita escondida a las miradas de los indiscretos admiradores de Diana, que la buscaban por todo el salón, fue muy pronto copartícipe del idilio.

—No seas chiquillo, Nick; si yo no amo a nadie más que a ti. Toda mi vida quisiera rendirle a tus pies y únicamente vivo para adorarte, chiquillo mío. ¿Qué me importan a mí todos esos necios que me rodean? Tú eres solamente el hombre que yo quiero... Pero me tienes tan abandonada, que has hecho que odie tu ciencia, tus jeroglíficos y tus Faraones.

—¿Por qué te fuiste de mi lado entonces? Si me amas como dices, ¿por qué permites que te cerquen esos títeres que hacen un momento te rodeaban? ¿No ves que padece de ese modo mi amor y mi orgullo?

—Tu orgullo, sí; tu amor, no...

—¡Mi amor! ¡Mi amor! ¡Nena! El amor es egoísmo; es sentirse orgulloso de poseer un tesoro al que los demás hombres no pueden llegar. ¡Mi ciencia! ¡Mis Faraones! ¡Mis jeroglíficos! No te preocupen esas cosas, que únicamente han de servirme para poner a tus plantas los triunfos que ellos me puedan dar. Luchó y luchó siempre por ti, por hacerte digno de esa tu belleza que es el mayor premio que aspira mi juventud.

—¡Nene! ¡Sigue, sigue!

—Me da miedo tu belleza. No podría mi alma vivir sin ella y, sin embargo, me da miedo. ¡Me da miedo!

—¿Por qué, Nick? No temas a mi belleza, que siendo lo que más me halaga de los dones que el cielo me concedió, de causarte algún daño, sería mi martirio.

—¡Diana! Yo soy un niño; un niño que te ama inmensamente, pero al fin, un niño. Tus coqueteterías me hacen daño. Y es que temo perderte, vida mía.

—¡Nick! Así te quiero y así te ha soñado mi amor.

Tenían las manos unidas, muy juntos sus cuerpos y sus miradas fundidas en un mismo fluido de atracción. Tanto era su amor y su dicha, tanta, que no se dieron cuenta de que un inoportuno les observaba con rabia reconcentrada.

El príncipe Mohamed, viéndose burlado por la que creía presa segura, estaba decidido a dar un disgusto al que se la arrebatara. Acababa de tropezarse con el criado al que mandara Diana por su chal, y llevaba este en sus manos, al igual que la llave de la coqueta, que el criado no había tenido inconveniente en entregarle.

Sabía el príncipe el daño que iba a causar, pero era tal el odio que profesaba a Oniswurt, que no hubiese tenido inconveniente en matarle, si contado hubiera con la impunidad.

Los amantes continuaban en el séptimo cielo. ¡Que poco suponían que un príncipe canalla laboraba en pro de su desgracia!

—¡Diana! — dijo meloso el príncipe Mohamed acercándose—. Aquí tenéis vuestro chal y la llave de vuestras habitaciones.

Si de lo alto de una torre le hubiesen lanzado, no sufriera tanta impresión como la que le produjo la presencia del hombre a quien más adoraba, de los admiradores de Diana. Aquel chal y aquella llave ¿no decían bien a las claras el ridículo que estaba corriendo? Se ahogaba y de buena gana le hubiera matado; pero ¿con qué derecho? ¿Quién era él, para impedir que Diana amara al egipcio?

—¿Con qué derecho — preguntó a Diana — tiene este caballero la llave de tu cuarto?

—¡Por Dios, Nick! ¿Qué piensas?

—¡Señorita! ¡Muy buenas noches! En cuanto a usted caballero, nos las entenderemos... ¡Qué asco!

—¡Pero caballero! ¡Lo que usted ha hecho es incalificable!

—¡Tal vez sí... no lo dudo; pero... odio a ese hombre con toda mi alma y he querido castigarle.

Diana estaba aplanada. No sabía lo que la pasaba, ni se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Había perdido para siempre al hombre amado y no pudiendo contenerse dio rienda suelta al raudal de sus lágrimas que silenciosamente resbalaron por sus mejillas humedeciendo sus terciopelos y sus nácares.

El príncipe Mohamed se acercó a ella humildemente y creyendo que el despecho era el que ponía lágrimas en los ojos de la mujer que deseaba tan ardientemente, se acercó a ella y con voz reconcentrada dejó caer en los oídos de Diana lo siguiente:

—No llores, Diana, que ese hombre es la última ofensa que os hace. Sus días están contados, pues mi venganza le va tejendo una red de la que le será imposible escapar con vida. La maldición de Ramses se cumplirá. Pero ¿por qué me miráis así? ¿Os ponéis mala?

Diana no pudo resistir las impresiones todas de aquel día y se desmayó, llevándose su sueño doliente el recuerdo de las últimas amenazadoras palabras del príncipe egipcio Mohamed Effendi.

IV

Al día siguiente, ya repuesta Diana de las molestias de la noche anterior y recordando las palabras del

egipcio, se decidió a ir a su palacio, para averiguar algo de aquel hombre impenetrable que la pusiese en condiciones de salvar a su amado.

Armóse de un pequeño revólver, y cuando ya la noche triunfaba plenamente, se presentó en casa del príncipe que orgulloso de su triunfo y ya seguro de su presa, no cabía de gozo en su mansión.

Recorrieron una a una las estancias del palacio del príncipe y por fin mandó Mahomed que los sirviesen el te en un salóncito reservado, adornado al estilo árabe y mandó que sus danzarinas y sus esclavas trenzasen ante la occidental las danzas misteriosas y rítmicas que fueron un día orgullo del antiguo Egipto. Mientras los ágiles pies de las danzarinas bordaban las danzas lascivas del Oriente, Diana coquetaba con el príncipe que, engañado por las artes de aquella mujer, fué un juguete en sus manos que ella arrojó al barro de donde saliera, una vez hubiese enterado de lo que la interesaba.

—¿Decía usted, príncipe, que a Mister Oniswurt le restaban pocos días de vida? No le creo: Nick es fuerte y aunque en la actualidad sea mi enemigo, no debo dejar de reconocer que es un valiente.

—Mister Oniswurt será tan valiente como usted quiera; pero el castigo de Isis se cumplirá para los que turban el silencio de las cámaras donde hace siglos se humilló la vida ante el silencio eterno de la muerte. Ese caballero, que tan orgulloso se muestra de sus fuerzas y así se aprovecha para defender a las damas, morirá hoy mismo.

Habían terminado las danzas las bayaderas, que al más leve gesto de su señor habían desaparecido del salón, dejando sola a la pareja.

—Hoy, según sus cálculos — continuó el príncipe —, ha de llegar a la última cámara de la tumba sagrada; pues bien, hoy morirá enterrado en ella. A las doce habrá dejado de existir.

Media hora faltaba para que su amado pereciese bajo las garras de aquel príncipe maldito que la perseguía con sus caricias...

Brilló en su mano un revólver y en sus ojos una decisión de muerte que bien pronto conoció Mohamed que era irrevocable. Detuvo con el arma el impulso del malvado, y saliendo de la habitación cerró tras sí y se lanzó a caballo a través del desierto, para conseguir la salvación del hombre amado.

No faltaban más que unos minutos. En la boca de la tumba una luz pálida anunciaba la presencia de Nick, solo y dispuesto para lanzarse a través de la galería que abriera su piqueta en el muro.

Había encendido la lámpara y ya se disponía a dar el primer paso en el interior de aquella galería oscura, cuando Diana llegó hasta él. Le extranó su presencia en aquel lugar; mas como no tenía ganas de explicaciones fué a internarse en el fondo de la tumba.

Un grito penetrante se escapó de la garganta de Diana que corrió a cubrir con su cuerpo la entrada de la nueva galería descubierta.

—¡Nick! ¡Por favor, no entres!...

—¿Por qué no he de entrar? ¿Qué quieres de mí? ¡Déjame, mujer! Entre tú y yo concluyó todo. No vengas a insultar mi dolor y deja que busque en la ciencia la calma que en tu amor no pude encontrar.

—¡No! ¡No pasarás! ¡Nick! No entres. ¡Por lo que más quieras!...

Separó con mano fuerte el obstáculo que se oponía a su entrada y se lanzó a la cámara última de la tumba de los amantes, en la que, decidida a salvarle o a morir con él, penetró Diana dispuesta a no abandonar a su único amor.

Las doce en punto. El alma negra de Mohamed el viejo Selim, había esperado hasta las doce, porque estas fueron las órdenes de su señor. Cuando le media noche se anunció en el cielo, su mano tan negra como su alma hizo explotar la mina que el día anterior colocara. Todo quedó en silencio. Allí lejos las fieras bramaban hambrientas. Cercana a la tumba, la estridente carejada del príncipe egipcio, que sonaba en la noche como una maldición.

Diana y Nick no habían sufrido herida ninguna. Las arenas desprendidas les habían cerrado el paso y estaban enterrados en vida. La desesperación de Nick no tenía límites al ver aquella pobre mujer, a la que no quiso creer y a la que había arrastrado a la muerte más habitosa.

—¡Diana! ¡Amor mío! ¡Perdóname! He estado ciego y no comprendí mi error. Por mi causa vas a morir aquí. Y yo no quiero que tú mueras. ¡No! ¡No lo quiero!

—¿Quién habla de muerte? Nick, la vida es hermosa y solamente nos resta unos días de vida. No pienses en mi muerte: moriré dichosa si muero a tu lado... Pero ven, que preciso tus caricias para vivir y no quiero morirte sin ellas. La inscripción de la copa que hallaste en la tumba era: «Un instante de amor, bien vale toda una vida». Tiene razón. Vamos a vivir, que de morir ya tenemos tiempo. ¡Resame así!... ¡Mas fuerte! ¡Apriéteme entre tus brazos! ¡Mirame a los ojos y ámame mucho! ¡Amémonos mucho, que de morir aún hay tiempo!

Y a pesar de la amenaza de la muerte, la vida triunfó plenamente en las almas y el nervio de los enamorados.

FIN

